



Duodécimo período de sesiones

PRIMERA COMISION

ACTA TAQUIGRAFICA DE LA 880a. SESION

Celebrada en la Sede, Nueva York,
el jueves 24 de octubre de 1957, a las 10.30 horas

Presidente:

Sr. ABDOL

(Irán)

Reglamentación, limitación y reducción equilibrada de todas las fuerzas armadas y de todos los armamentos; concertación de una convención (tratado) internacional sobre la reducción de los armamentos y la prohibición de las armas atómicas, de hidrógeno y demás armas de destrucción en masa [24] (continuación)

Declaraciones hechas en el debate general sobre este tema por:

Sr. Boland (Irlanda)
Sr. Kiseliiov (RSS de Bielorrusia)
Sr. Sastroamidjojo (Indonesia)

Nota: El acta resumida de esta sesión, que constituye el acta oficial de la misma, se publicará en un documento mimeografiado con la signatura A/C.1/SR.880. Las delegaciones podrán introducir correcciones en dicha acta, las que serán tomadas en cuenta al prepararse la redacción definitiva, que aparecerá en volumen impreso.

TEMA 24 DEL PROGRAMA

REGLAMENTACION, LIMITACION Y REDUCCION EQUILIBRADA DE TODAS LAS FUERZAS ARMADAS Y DE TODOS LOS ARMAMENTOS; CONCERTACION DE UNA CONVENCION (TRATADO) INTERNACIONAL SOBRE LA REDUCCION DE LOS ARMAMENTOS Y LA PROHIBICION DE LAS ARMAS ATOMICAS, DE HIDROGENO Y DEMAS ARMAS DE DESTRUCCION EN MASA (continuación):

- a) INFORME DE LA COMISION DE DESARME. (resolución 1011 (XI) de 14 de febrero de 1957)
- b) AMPLIACION DE LA COMPOSICION DE LA COMISION DE DESARME Y DE SU SUBCOMISION
- c) ACCION COLECTIVA DE INFORMACION PARA QUE LOS PUEBLOS CONOZCAN LOS PELIGROS DE LA CARRERA DE ARMAMENTOS Y ESPECIALMENTE LOS EFECTOS DESTRUCTORES DE LAS ARMAS MODERNAS
- d) CESACION, BAJO CONTROL INTERNACIONAL, DE LOS EXPERIMENTOS CON ARMAS ATOMICAS Y DE HIDROGENO

Sr. BOLAND (Irlanda) (interpretación del inglés): Los informes de la Subcomisión de Desarme sobre sus reuniones en Londres no contribuyen nada a aliviar los temores de aquellos de nosotros que hasta estos momentos hemos sentido creciente ansiedad acerca del giro de los acontecimientos mundiales y acerca de la carrera de armamentos, que constantemente parece aumentar en vez de reducir su ritmo.

Nosotros reconocemos - y varios oradores lo han señalado en este debate - que las reuniones de Londres no han dejado de surtir cierto efecto. Reconocemos que la Comisión de Desarme se puso de acuerdo en reducir sus objetivos y tratar de lograr un acuerdo limitado, en vez de un acuerdo general, sobre el desarme. Además de esto, es claro que si no hubo un acuerdo general, por lo menos se estrecharon las diferencias sobre algunos de los puntos que ese acuerdo parcial de desarme podría comprender. Si se estudian separadamente, tal vez se comprenda que no son pequeños los avances conseguidos. En una cuestión tan importante como es el desarme, cualquier indicio de acuerdo es una victoria y cualquier punto de concordia es una bendición.

Si los resultados de las conversaciones de Londres son estudiados no aisladamente sino en la perspectiva de 11 años de negociaciones sobre el desarme y a la vista de la situación mundial, que está caracterizada por una tirantez creciente y conflictos de intereses cada vez más agudos ¿quién en esta Comisión puede apartar de su mente la idea de que, a menos que se encuentre un enfoque

ls. encl
AM/rg

A/C.2, IV.300
-3-5-

(Sr. Boland, Irlanda)

más fructífero del problema del desarme, se habrá dejado pasar la última oportunidad de llegar a un acuerdo?

La carrera de armamentos proseguiría sin freno, y la humanidad, una vez más, perdería su control, como ha ocurrido a través de la historia. A juicio de mi delegación, el propósito primordial del presente debate es buscar - y buscar ansiosamente - algún medio de rescatar este gran problema mundial del presente impasse y, al hacerlo, detener una carrera de armamentos que amenaza a la civilización con la ruina.

del Ministro de Relaciones Exteriores de Bélgica a la Asamblea General, el 24 de septiembre. Como el representante de Bélgica lo expuso en la sesión del 11 de octubre, la propuesta se desprende de la idea de asociar a los pueblos con los esfuerzos de los gobiernos para ponerse de acuerdo sobre la reglamentación de los armamentos y de la convicción, que es esencial e imperiosa para todos los pueblos del mundo, de ejercer toda la presión de que son capaces para lograr los acuerdos internacionales de los que depende su propia supervivencia.

En principio, es evidente que muchos argumentos contundentes podrían esgrimirse a favor de esta propuesta. Una opinión pública alerta y bien informada es siempre la mejor garantía del bien público y es una condición esencial, en verdad, para el buen funcionamiento de la clase de instituciones políticas bajo las cuales vivimos muchos de nosotros. Sobre esto estoy seguro de que la mayoría de nosotros estará de acuerdo. Lo que confieso que nosotros, en la delegación de Irlanda, no estamos tan seguros es si la solución de la clase de problemas que al presente detienen el progreso en el campo del desarme podría adelantarse recurriendo a lo que yo llamaría el método de propaganda pública, usando este término no en ningún sentido peyorativo sino en su sentido propio.

Indudablemente que hay ciertos efectos menos técnicos de la carrera de armamentos que serían apreciados mejor por el hombre de la calle. Por ejemplo existe el peligro del llamado "cuarto país", la perspectiva terrible, a menos que las armas nucleares se pongan bajo control internacional eficaz, de que más y más países puedan producirlas o poseerlas, con el resultado de que el problema del desarme se haría más difícil y el riesgo de una guerra nuclear aumentaría.

Otro aspecto de la carrera de armamentos que merece mucha más atención de la que ha recibido hasta hoy es que, si bien inmensos recursos de capital y de conocimientos humanos se dedican a la fabricación y el desarrollo de elementos de destrucción que con frecuencia ya han caducado cuando llegan a ser producidos, hombres y mujeres en las zonas menos desarrolladas del mundo, privados, por falta de capital, de educación, de bienestar y de los niveles de vida a que justamente tienen derecho, tienden a perderse en las libres instituciones que han podido establecer y se apartan de los caminos de la libertad democrática, cayendo en la desilusión.

Sería una paradoja si en esta forma las instituciones libres y la libertad personal fueran víctimas de los esfuerzos y sacrificios que se hacen para preservar la libertad humana y salvar al hombre de la guerra. Pero es un peligro real y presente.

Estos son aspectos de la carrera de armamentos que nosotros no podemos desconocer y es justo que la opinión pública en nuestros respectivos países los conozca. Es una relación, sin embargo, con el problema general del desarme más bien que con los obstáculos inmediatos que están en el camino. Cuando se trata de los problemas técnicos del desarme y, más concretamente, de los problemas prácticos de cuya solución depende la conclusión de un acuerdo general, que no ha sido posible concertar hasta esta fecha, el papel que puede desempeñar la opinión pública, no puede ponerse en duda, a nuestro juicio.

Las negociaciones entre gobiernos no pueden llevarse a cabo en el mercado y el arreglo de los asuntos en **controversia** rara vez es más fácil si se estimula de antemano la opinión pública.

Cuando la Asamblea General pidió a la Comisión de Desarme en noviembre de 1953 que estableciera una Subcomisión con las Potencias especialmente interesadas, sugirió la conveniencia de que esta última trabajara en privado. Fue una sugestión prudente, que en la práctica no recibió mucha atención.

Es difícil eludir la impresión de que las discusiones de la Subcomisión de Desarme han sido dirigidas hasta ahora no con poca publicidad, sino con demasiada publicidad. Las proposiciones sucesivas de ambas partes han sido presentadas no sólo por una de ellas a la otra, sino, simultáneamente, a la prensa y a la opinión pública mundial, lo que ha dado como consecuencia que las actuaciones de la Subcomisión han causado, en ocasiones, la sensación de ser menos negociaciones diplomáticas encaminadas a un acuerdo, que una audiencia en una corte en que las partes discuten ante un jurado mundial.

Este es un caso que debe ser resuelto fuera de la Corte. Con la sociedad mundial organizada como está, no hay manera de poner fin a las diferencias y controversias como no sea por medio de un acuerdo entre las partes directamente interesadas.

Lo que yo por conveniencia voy a llamar "el enfocamiento propagandista del problema del desarme", parece presentar otro peligro. Todo llamado a la opinión pública insinúa, en general, ciertos supuestos. Supone que los varios pueblos del mundo son igualmente libres no sólo para conocer la verdad, sino para discutir, para criticar y - si fuera necesario - para oponerse abiertamente a la política de sus gobiernos. Supone, asimismo, que los gobiernos interesados son igualmente sensibles y responsables ante la opinión y los deseos de sus pueblos. Esa no es la situación que predomina en el mundo de hoy. Tampoco fue la situación que existía hace 22 ó 23 años, lo que dió como resultado que cuando Hitler se encontraba aumentando sus industrias de municiones y construyendo sus fuerzas armadas, la opinión pública en otros países, bajo la influencia de la propaganda a favor del desarme y de la paz, estaba votando por la reducción de los presupuestos militares y del nivel de los armamentos nacionales.

Esto me lleva a una consideración, a nuestro juicio fundamental en cualquier tentativa de resolver el presente impasse y aliviar al mundo de la carga de la carrera de armamentos, que amenaza la supervivencia de la humanidad.

La cuestión del desarme no puede ser tratada separadamente de los problemas emergentes de la situación política que existe actualmente en el mundo. La interrelación es fundamental e ineludible. Es una ilusión esperar que los armamentos nacionales se limiten o reduzcan en un ambiente mundial caracterizado por conflictos pendientes de intereses vitales y la presencia de fuerzas militares opuestas en zonas de tensión, en una proximidad tan estrecha que causa la impresión de que el fortalecimiento de la defensa es un preparativo de ataque. Las dos cosas están interrelacionadas. La carrera de armamentos agrava, así, la atmósfera política, y la intensificación de la lucha política reduce las perspectivas de desarme. El círculo vicioso está completo. Ha llegado el momento en que el problema del desarme no puede ser tratado provechosamente en forma aislada. La perspectiva de un acuerdo sobre desarme parece ahora muy remota, a menos que sea posible avanzar, aunque fuera con acuerdos políticos limitados, para reducir esas fuentes constantes de fricción y tirantez que existen en ciertas regiones del mundo.

La carrera de armamentos, después de todo, refleja meramente la situación política vigente en el mundo de la actualidad. El rasgo saliente de esta situación es la división del mundo, no sólo entre diferentes órdenes de ideas, distintas filosofías y diversos conceptos de la naturaleza del hombre y sus relaciones con el universo, sino entre dos inmensas concentraciones de fuerzas militares que incesantemente realizan maniobras para obtener posiciones estratégicas y diplomáticas, una contra otra.

Los peligros de la situación son incommensurables. Tenemos los del Oriente Medio. Allí, como en otras partes, detrás de los pequeños países de la región están ahora las dos Potencias más grandes, considerando cada una que es vital no dar la impresión de que teme las amenazas de la otra y comprometidas ambas, crecientemente, por sus declaraciones públicas y por la lógica de sus políticas, a avanzar si se produce una situación, como si no existiera el obstáculo nuclear. Las consecuencias de situaciones de esta clase rebasan el impacto de las perspectivas del desarme, ponen en peligro las posibilidades de paz; y si se desafía a la paz, nadie dejará de utilizar sus armas.

A nuestro juicio, creo que ha llegado ya el momento de preguntarnos muy seriamente si lo que se ha logrado en los esfuerzos por resolver el problema del desarme en el plano técnico guarda relación con la inmensa paciencia que se dedica a la labor y si es realista y justificado continuar dependiendo únicamente de ese enfocamiento para asegurar los resultados que todos ansiamos.

Nadie puede criticar a la Subcomisión de Desarme por falta de celo en el desempeño de su mandato. Las inmensas labores que ha realizado para obtener resultados concretos son obvias en sus informes. A pesar de ello, nadie podría pretender que está cerca de cumplir su cometido. A nuestro criterio, si es así, no puede culparse a la Subcomisión; la situación se debe a que la confianza mutua entre las grandes Potencias - condición previa para todo acuerdo - está ausente y a que esa falta de confianza mutua resulta de circunstancias políticas y de situaciones que la Subcomisión de Desarme no tiene facultades para discutir.

Cuanto más leemos el informe de la Subcomisión, más nos damos cuenta de que los obstáculos vitales en el camino de un acuerdo efectivo sobre desarme en las presentes circunstancias constituyen lo que nuestro colega el Sr. Belaúnde llamó hace días, en una de esas frases vívidas en que él es tan fértil, "la enfermedad psíquica de la desconfianza". Si es cierto, como dijo, que la causa de la carrera de armamentos se encuentra en la tirantez existente entre las Potencias principalmente interesadas, en sus mutuas suspicacias y en su desconfianza recíproca - y nosotros estamos de acuerdo en esto - es necesario buscar la manera de hacer frente a ese factor y eliminarlo antes que sea demasiado tarde. Para ello es menester un enfocamiento radical, que rebase las proposiciones que tenemos a nuestra consideración en esta Comisión. Si, como nosotros pensamos, la verdadera causa de la falta de progreso en el campo del desarme es la medida de tirantez internacional que existe en el mundo, me temo que no lograremos eludir nuestras dificultades aumentando sencillamente la composición de la Comisión de Desarme o de su Subcomisión.

Ni la Comisión de Desarme ni su Subcomisión están facultadas para considerar las causas de la tirantez que constituyen el impedimento principal para el buen éxito de sus labores.

No creemos que sea posible avanzar si se toman aspectos particulares del problema del desarme y se trata de resolverlos con prescindencia del problema general del desarme. Proponer la suspensión de las pruebas o la renuncia al uso de armas atómicas y termonucleares sin que se ponga fin a la producción o fabricación de esos armamentos, equivale a abrir nuevamente las discusiones sobre la misma base en que no se pudo lograr acuerdo en las negociaciones de Londres. Proponer cualquier medida de desarme sin tener en cuenta los aspectos de control y fiscalización, simplemente significa hacer caso omiso del factor de confianza mutua que, a nuestro juicio, debe ser la base de cualquier arreglo del problema del desarme.

La solución del problema del desarme y el fin de la carrera de armamentos no puede buscarse, a nuestro juicio, por medio de procedimientos parciales o de arreglos provisionales de alcance limitado en el nivel técnico, si es que se pretende lograr éxito en ese objetivo. Lo que necesitamos para tener esperanzas de éxito y para posibilitar que las discusiones en la Subcomisión de la Comisión de Desarme continúen por buen camino, es un esfuerzo adicional emprendido en las circunstancias más favorables posibles para reducir la tirantez política existente en el mundo, por lo menos en los puntos que ofrecen mayor peligro. Estas regiones son: Europa Central, Oriente Medio y Lejano Oriente, particularmente Corea.

El Sr. Jules Moch en el discurso pronunciado ante la Primera Comisión señaló esos puntos de peligro. Su exposición impresionó a todos nosotros; además, expuso fórmulas con respecto a cómo podrían ser resueltos los problemas en dos de esas zonas críticas.

Creemos que la tirantez existente en esas regiones puede reducirse mediante discusiones entre las grandes Potencias, especialmente entre los Estados Unidos de América y la Unión Soviética. Asimismo, para una mejor perspectiva de éxito, esas discusiones deben ser emprendidas en el nivel más alto posible, con las mayores atribuciones, teniendo en cuenta no sus repercusiones publicitarias sino la salvaguardia de la paz de acuerdo a como lo aconsejan la prudencia y la experiencia.

El Sr. Moch nos dijo que las discusiones sobre desarme y las que se refieren a los asuntos políticos y a la tirantez internacional no se excluyen mutuamente; que, en cambio, pueden proceder simultáneamente. Sin embargo, estimamos que las primeras tal vez no surtan los resultados concretos que todos ansiamos si no se logra una reducción importante de la tirantez en las zonas que he mencionado.

La retirada recíproca de las fuerzas armadas que están establecidas en Europa o el éxito diplomático del Oriente Medio no podría, claro está, resolver todos los problemas de esas regiones; mucho menos podría impedir todas las posibilidades de choques de intereses que surgen necesariamente cuando dos grandes concentraciones de fuerzas se enfrentan una a otra en el mundo como ocurre en la actualidad. Pero, en cambio, reduciría el peligro de un estallido bélico en los puntos de mayor fricción, y la reducción de la tirantez en esas regiones permitiría que las discusiones sobre desarme se desarrollaran en un ambiente más diáfano. Al hacerlo, se abrirían nuevas esperanzas para toda la humanidad y se ensancharía el horizonte de la paz.

Señor Presidente: si estas reflexiones y sugerencias me han llevado un poco al margen de este debate le pido disculpas a la vez que le agradezco su indulgencia. En verdad ésta no sería la primera vez que la recibo de usted. Permítame, al mismo tiempo, reservar el derecho de mi delegación a solicitar otra vez la palabra, si fuera necesario, cuando lleguemos a discutir los proyectos de resolución que están a la consideración de la Comisión.

Sr. KISELIOV (República Socialista Soviética de Bielorrusia) (interpretación del ruso): De todos los rincones del globo llegan a la Organización de las Naciones Unidas telegramas y cartas enviadas por distintas organizaciones y por individuos del mundo entero en las que se solicita la prohibición del uso de las armas atómicas, termonucleares y de todos esos elementos de destrucción en masa, así como la eliminación de la amenaza de una nueva guerra. Por ellas se pide a los Estados Miembros de la Organización de las Naciones Unidas y, sobre todo, a las grandes Potencias, que pongán fin a la carrera de armamentos, que reduzcan sus fuerzas armadas, que prohíban el uso de las armas de destrucción en masa y que cesen las pruebas atómicas y termonucleares utilizando la energía atómica solamente con finalidades pacíficas.

Debemos cumplir las disposiciones de la Carta, que dicen con toda claridad que los pueblos de las Naciones Unidas estamos resueltos "a preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra, que dos veces durante nuestra vida ha infligido a la humanidad sufrimientos indecibles."

El deber de los representantes ante la Comisión Política consiste en escuchar la voz de la opinión pública mundial, en intensificar los esfuerzos que tienden a aliviar la tensión internacional y en cerrar el camino a las fuerzas de la agresión y de la guerra.

Muchos oradores han reconocido la necesidad de concertar un acuerdo internacional sobre el problema de la reducción de los armamentos y sobre la prohibición de las armas atómicas, de hidrógeno y otras de destrucción en masa. Han señalado con razón que la fuerza destructora cada vez mayor de las armas atómicas y la aparición de las bombas de hidrógeno, aún más poderosas, hacen indispensable e inaplazable prohibir su utilización.

La delegación de la RSS de Bielorrusia comparte la preocupación y la inquietud manifestadas aquí por los representantes de varios Estados por la falta de progreso en las negociaciones de desarme y que tienden a reducir la carrera de armamentos, los gastos bélicos y el peligro de una nueva guerra.

El pueblo de la RSS de Bielorrusia, que tanto sufrió durante la segunda guerra mundial, no puede ver con indiferencia que hasta la fecha no se haya resuelto el problema del desarme.

No queremos que las ciudades y los pueblos que se levantaron de las cenizas de la última guerra se conviertan en blanco de los bombardeos atómicos y de hidrógeno. Por eso la delegación de la RSS de Bielorrusia está dispuesta a trabajar para que se encuentre una solución pacífica al problema del desarme, aportando su contribución a esa noble causa.

Los debates de esta Comisión ya permiten precisar las posiciones de varias delegaciones en cuanto a los diversos problemas del desarme. Tienen razón aquellos que, como el representante de la India, afirman que al lado de las grandes Potencias, las medianas y pequeñas - en su aspiración y anhelo para resolver efectivamente el problema del desarme - pueden, por su parte, contribuir al progreso de las negociaciones para que se llegue a prohibir el uso de las armas de destrucción en masa así como la reducción de los armamentos y de los efectivos militares.

Los representantes de los Estados Unidos de América, Perú, Reino Unido y Australia, así como los de otros países han tratado de presentarnos la situación en forma tal como si la posición negativa tomada por la Unión Soviética a este respecto fuera la causa de la falta de progreso en la solución del problema del desarme. Dichas intervenciones, tanto por su contenido como por su terminología, nos pueden conducir nuevamente a la guerra fría y tienden a apartar la atención de esta Comisión de la solución del problema esencial de nuestra época: el desarme.

El representante de los Estados Unidos de América, en su intervención del 10 de octubre del año en curso, trató de justificar por todos los medios posibles la posición de su país, tergiversando, en cambio, la posición clara tomada por la Unión Soviética en este problema. El Sr. Lodge presentó tantas condiciones y reservas, que el desarme será imposible de alcanzar en la práctica. El Sr. Lodge, por razones evidentes, nos instó en primer lugar a establecer el control sobre los proyectiles intercontinentales y los satélites artificiales. Pero es bien sabido que, en sí, los proyectiles intercontinentales y los satélites artificiales no representan ningún peligro; lo importante es que pueden llevar armas atómicas y de hidrógeno. Por este motivo el problema del control sobre estos proyectiles debe resolverse en relación con el problema de la prohibición de las armas atómicas y termonucleares.

El Sr. Lodge tomó un camino que no tiende a acercar los puntos de vista sobre el problema discutido sino que, al contrario, tiende a acentuar las divergencias. Al comienzo de su intervención declaró que el debate general en estas sesiones parece haber demostrado que las divergencias entre la Unión Soviética y el llamado mundo libre son tan grandes como en el pasado.

El representante de los Estados Unidos de América, el 29 de agosto de 1957, hizo el elogio de las proposiciones norteamericanas, inglesas y canadienses, llamándolas proposiciones nuevas.

Veamos qué es lo que representan estas supuestas nuevas proposiciones de las Potencias occidentales. La esencia de estas nuevas proposiciones consiste simplemente en que las Potencias occidentales proponen no un plazo de 10 meses para suspender las pruebas nucleares, sino un plazo de 12 meses, manteniendo al mismo tiempo todas sus anteriores reservas. Al presentar estas proposiciones

a la Subcomisión de la Comisión del Desarme, el representante de los Estados Unidos aclaró que quedarían en vigor los requisitos de las cuatro Potencias occidentales con respecto a los problemas políticos pendientes de la posguerra: la inspección aérea, una decisión sobre prohibición de producción de los materiales fósiles para fines bélicos y el establecimiento del control de esta prohibición.

La proposición sobre la inspección fotográfica aérea, presentada nuevamente por el Sr. Dulles en Londres, tiende a sustituir el problema de la reducción parcial de los armamentos. Recordemos igualmente que los corresponsales de los países occidentales llamaron a este reconocimiento aéreo "un espionaje militar legalizado".

El Sr. Lodge pidió, durante el segundo período, que la Unión Soviética diera su acuerdo para suspender la producción de materiales fósiles para fines bélicos, aunque sin prohibir las armas atómicas y sin excluirlas de los armamentos de varios Estados. Esta es la esencia de estas "nuevas proposiciones".

A juicio de la delegación de Bielorrusia, no hay absolutamente nada de nueva en estas proposiciones. Cuando los Estados Unidos hablan del deseo de las Potencias occidentales de llegar al desarme, lo que realmente quieren es prolongar las complicaciones que se encuentran en el camino para lograrlo, engañando así a la opinión pública mundial. Es evidente que los Estados Unidos de América y el Reino Unido tratan de no admitir la reducción y la cesación de las pruebas nucleares, reservándose el derecho de aplicar esas armas en caso de guerra.

Los Estados Unidos de América sostienen la teoría de que una paz duradera puede ser el resultado de un equilibrio de fuerzas entre las grandes Potencias armadas hasta los dientes. Esta teoría favorece la estrategia y la táctica de la guerra fría, cultiva el descuido de los intereses de la auténtica cooperación internacional, determina la escala y el ritmo de la carrera de armamentos y tiene su influencia en las relaciones internacionales de varios Estados y en el trabajo de las Naciones Unidas.

Los Estados Unidos llevan a cabo, además, una política de equilibrio al borde de la guerra. La situación actual en el Cercano y Medio Oriente, donde existe una amenaza a la seguridad de Siria en vista de las provocaciones militares de Turquía y de Estados Unidos, es una manifestación concreta de esta política.

Cabe preguntar por qué el debate en torno al desarme, que ha durado más de 10 años en esta Organización, ha resultado estéril y no ha podido conducir a ningún resultado positivo. ¿Quién ignora la voluntad de los pueblos que exigen la adopción de medidas inmediatas para poner fin a la carrera de armamentos y para eliminar la amenaza de la guerra atómica? Hay que decir claramente que la responsabilidad de esta situación recae, en primer lugar, sobre los círculos dirigentes de los Estados Unidos de América y también del Reino Unido, Francia y Canadá, que los siguen obedientemente. A fin de engañar a la opinión pública encubren con sus palabras sobre el desarme los preparativos febriles de la guerra.

A este respecto, permítaseme presentar algunos datos y algunos hechos.

En el informe del Ministerio de Defensa de los Estados Unidos de América, publicado en mayo de 1957, se dice que las fuerzas armadas norteamericanas cuentan con 3.000.000 de hombres. El 40% de esas fuerzas se encuentran fuera de las fronteras norteamericanas en los territorios de 73 Estados extranjeros.

Los gastos de sostenimiento de esas fuerzas armadas - según los datos del Congreso norteamericano - en 1948 fueron 12.600 millones de dólares. En 1956-57 fueron asignados para el mismo fin 45.000 millones de dólares, y con las sumas incluídas en el presupuesto, esa cifra llega a 50.000 millones de dólares.

La distribución de esa cantidad entre las diversas ramas de las fuerzas armadas, se llevó a cabo en la forma que sigue: para el ejército, más de 7.500 millones de dólares; para la flota, 10.000 millones de dólares; para la aviación, más de 20.000 millones de dólares. El resto, fué destinado a otros fines militares.

En el curso de los últimos años, tanto los Estados Unidos de América como sus aliados, han aumentado los preparativos de una nueva guerra mundial. En junio de este año, el Departamento de Estado y el Ministerio de Defensa de los Estados Unidos de América publicaron conjuntamente un folleto titulado "Programa de seguridad mutua. Año fiscal 1958". En ese folleto se dice indirectamente que en el período de tiempo comprendido entre 1950 y 1956, las fuerzas terrestres norteamericanas aumentaron de 600.000 hombres a 1.000.000. Las fuerzas terrestres de los aliados de los Estados Unidos de América, de 3.600.000 aumentaron a 5.000.000. Las fuerzas navales de los Estados Unidos de América, de 598 naves a 969. Las fuerzas navales de los aliados de los Estados Unidos de América, de cerca de 1.000 naves a 2.500. Las fuerzas aéreas de los Estados Unidos de América, de 12.600 aviones a 26.600. Las fuerzas aéreas de los aliados de los Estados Unidos de América, de cerca de 13.000 aviones (de los cuales 500 eran de propulsión) a 27.000 aviones (de los cuales 12.600 son de propulsión).

He aquí los hechos concretos que demuestran de forma convincente la posición que adoptan los que propugnan una política de equilibrio al borde de la guerra. Estas cifras demuestran al mismo tiempo que mientras sigan las negociaciones de desarme, las Potencias occidentales aumentarán sus efectivos y llevarán a cabo una verdadera carrera de armamentos.

Los representantes que me precedieron en el uso de la palabra prestaron gran atención al problema de la prohibición de las armas atómicas y de hidrógeno. La necesidad de resolver este problema resulta evidente para todos. Sin embargo, es necesario reconocer que los debates sobre este problema se vienen desarrollando desde hace 10 años y que no ha habido hasta ahora ningún resultado positivo. Los países que forman parte de la OTAN, en sus planes militares parten de la posibilidad de que sean aplicadas armas nucleares en la próxima guerra. Esta decisión, como todos saben, fué tomada ya en diciembre de 1954 por el Consejo del Pacto del Atlántico.

En los Estados Unidos de América, las asignaciones para la fabricación de armas atómicas y termonucleares han sido las de mayor importancia desde que terminó la guerra. Sólo la asignación de este año fiscal para la Comisión de Energía Atómica ha sido de 2.425 millones de dólares. El plan para el desarrollo atómico norteamericano está previsto para un período de tiempo comprendido entre 1958 y 1959, lo que permitirá aumentar la producción de armas atómicas 10 veces más en relación con el nivel de 1952. No puedo dejar de señalar que la dirección militar de los Estados Unidos de América aprobó el informe del llamado Comité Asesor Civil, que insta al desarrollo de las armas químicas, bacteriológicas y radiológicas para una utilización práctica. Citaré una parte de ese informe:

"Estas armas - se dice en el informe del Comité - deben reconocerse como únicas por su potencia bélica. No conducen a la destrucción de los medios materiales y no crean problemas de reconstrucción."

Estas cosas no pueden menos de llamar nuestra atención, sobre todo teniendo en cuenta la negativa de las Potencias occidentales de aceptar la prohibición de las armas de destrucción en masa. No debemos olvidar tampoco que en los Estados Unidos de América existen fuerzas militares agresoras que desean minar la prohibición de las armas atómicas y de hidrógeno, que llevan a cabo una verdadera guerra de armamentos y que tratan de impedir el alivio de la tensión internacional. Esos círculos insisten en que sea estimulada la "guerra fría", en que se continúe la carrera de armamentos y en que se siga por un camino que conduce a la guerra atómica destructora, la cual sometería a toda la humanidad a sufrimientos indecibles.

Español
AB/am

A/C.1/PV.880 (Sr. Kiseliov, RSS de Bielorrusia)
-28-30-

Según los datos oficiales del Pacto del Atlántico, los gastos bélicos de todos los países que forman parte de ese bloque de agresión suman 430.000 millones de dólares desde 1949 a 1957. De esta suma, corresponden a los Estados Unidos de América 324.000 millones de dólares.

Se calcula que desde 1949 a 1957 los grandes monopolios de los Estados Unidos ganaron 227.000 millones de dólares en la producción y venta de armas. Quiere decir que esa política costó a cada familia de los países miembros de la OTAN un promedio de cerca de 3.500 dólares.

No ha de sorprendernos, por lo tanto, que la mayor parte del presupuesto norteamericano se destine al rearme. El Presidente Eisenhower, refiriéndose a la política presupuestaria norteamericana dijo en mayo de 1957 que el contribuyente norteamericano paga un precio enorme - más de 45.000 millones de dólares - por la llamada seguridad del país, y que en ese momento los Estados Unidos mantenían la maquinaria de guerra más poderosa en toda la historia de tiempos de paz. Esto significa que 59 centavos de cada dólar se destinan directamente a la carrera de armamentos.

En su discurso pronunciado ante el Congreso sobre la seguridad mutua, el Presidente Eisenhower declaró que los Estados Unidos de América ayudaron a crear 200 divisiones de los Estados amigos. En el período 1950-56, los Estados Unidos de América proporcionaron a sus aliados más de 40.000 tanques, 1.300 navés de todos los tipos, 57.000 armas de artillería, más de 10.000 aviones, 2.200.000 ametralladoras, así como otras armas de diverso tipo.

En el momento actual es necesario destacar el plan para proporcionar armamento atómico a 15 países del OTAN, incluyendo también a la República Federal Alemana. Los gobiernos de varios países integrantes de la OTAN decidieron depositar en sus territorios armas atómicas norteamericanas. Esta decisión fue tomada en junio de 1957 por el Gobierno de Noruega, cosa que lamentamos.

Además, se está preparando un plan de acuerdo con el cual los Estados Unidos de América tendrán que asegurar la entrega de armas atómicas y de hidrógeno, así como de cohetes, a todos los países que integran la OTAN.

De estos hechos se desprende que durante los últimos años han aumentado considerablemente los preparativos de los Estados Unidos y de sus aliados para una nueva guerra mundial.

Con el fin de obtener ganancias fabulosas, los imperialistas están dispuestos a sacrificar cientos de millones de vidas humanas. Por esta razón, los monopolistas norteamericanos tratan por todos los medios de mantener la tensión actual y de no solucionar los problemas relativos al desarme.

El miedo de los monopolios norteamericanos en el sentido de que pueden progresar las negociaciones sobre desarme, hace decir al periódico "Business Week", en mayo de este año, que sería insensato para las grandes compañías pretender existir sin producción bélica; la producción bélica es el factor principal de la actual economía norteamericana. Por ejemplo, la producción militar de la gran compañía General Dynamics constituye del 75% al 80% de toda su producción.

A la luz de estos hechos, no es una coincidencia que aparezcan en la prensa norteamericana artículos como el publicado el 13 de mayo de 1957 en la revista Barron's Review, y titulado "El desarme es una esperanza ilusoria y peligrosa".

De manera, pues, que los hechos desmienten en forma rotunda las manifestaciones hipócritas del Sr. Lodge, en el sentido de que los círculos dirigentes de los Estados Unidos de América tienen interés en la paz y en la prohibición de las pruebas atómicas. El Sr. Lodge repite muchas veces la palabra paz, y trata de engañar a la opinión pública afirmando que los círculos dirigentes de los Estados Unidos de América sólo desean utilizar la energía atómica para fines pacíficos. El Sr. Lodge aquí mismo ha tratado de encubrir la carrera de armamentos de los Estados Unidos y su falta de deseo de poner fin a las pruebas atómicas, con el falso biombo de la amenaza soviética al supuesto mundo libre.

Como se sabe, la Asamblea General encomendó a la Comisión de Desarme y a su Subcomisión, la elaboración de un tratado de desarme que resuelva el problema más importante de nuestro tiempo. Hemos seguido con mucha atención el trabajo de dicha Subcomisión. Estudiamos los documentos de las Potencias occidentales y de la Unión Soviética llegando a la conclusión de que esas negociaciones demuestran que las Potencias occidentales, y sobre todo los Estados Unidos de América, no desean, en realidad, un acuerdo sobre el desarme. Esas Potencias se han negado a resolver ese problema. Son las responsables de que la Comisión haya perdido su tiempo, habiendo ignorado la voluntad de los pueblos que exigen que se ponga fin a la carrera de armamentos y, fundamentalmente, que se elimine la amenaza de la guerra atómica.

Estamos de acuerdo con lo que dijo el parlamentario británico, Sr. Crossman, bien conocido por la delegación del Reino Unido, quien declaró en el periódico "Daily Mirror", el 28 de mayo de 1957, lo siguiente:

"Es una estupidez negar que son justamente los norteamericanos y no los rusos los que impiden últimamente la obtención de un acuerdo; en los últimos dos años el Kremlin ha aprobado varias veces los planes sugeridos por el occidente, pero una vez que los rusos los aceptaban, los norteamericanos, con la ayuda activa de los ingleses, empezaban a buscarles defectos. Esta posición ha convertido el trabajo de la Comisión de Desarme en una farsa".

La prensa norteamericana señala igualmente que cuando se perfilan perspectivas de acuerdo sobre el desarme, ciertos círculos de los Estados Unidos empiezan a hacer sonar la alarma. Así, el 19 de junio de este año, el New York Herald Tribune decía lo siguiente: "Los rusos hablan ahora con tal seriedad del desarme, que algunos norteamericanos tiemblan ante la idea de que pueda lograrse". Esto se escribió en un diario norteamericano, al que nadie podrá sospechar de simpatía hacia la Unión Soviética.

Teniendo en cuenta la importancia del problema del desarme, y en el deseo de lograr un acuerdo por lo menos sobre problemas parciales, la Unión Soviética propuso que se aislara la cuestión de la suspensión de las pruebas atómicas, resolviéndola sin demora como primera medida.

El Gobierno soviético propuso suspender las pruebas por un plazo de dos o tres años, creando un sistema de inspección internacional que asegure que los Estados ponen fin a las pruebas atómicas y nucleares. Esta proposición de la Unión Soviética coincide con las aspiraciones de todos los pueblos, que se pronuncian en forma cada vez más categórica en favor de la cesación de las pruebas atómicas. Los pueblos pacíficos exigen una decisión rápida sobre este problema, estimando con razón que el cese de las pruebas podría conducir al saneamiento de la atmósfera internacional, podría detener la carrera de armamentos y suprimir los peligros que se ciernen sobre los hombres.

Por ejemplo, en los Estados Unidos, 63% de las personas interrogadas se han pronunciado a favor del cese de las pruebas nucleares, según ha manifestado la prensa norteamericana. Sin rechazar formalmente las propuestas sobre el cese de las pruebas atómicas y termonucleares, los representantes de las Potencias occidentales reducen al mismo tiempo a la nada la posibilidad real de un acuerdo, relacionando artificialmente la ejecución de esta medida con otros problemas del desarme cuya solución ellos mismos obstaculizan. De ello resulta un círculo vicioso. La Unión Soviética ha insistido y sigue insistiendo en la necesidad de un acuerdo sobre la suspensión de las pruebas atómicas, sin relacionarlo con acuerdos sobre uno u otro problema del desarme.

Con toda razón, el memorándum del Gobierno soviético sobre las medidas parciales señala que varios Estados, y entre ellos Estados Unidos y el Reino Unido que disponen de armas atómicas debían tener el mismo interés en que se ponga fin a las pruebas de estas armas que el que manifiesta la Unión Soviética.

Ha llegado el momento de poner fin a una situación en que uno u otro país o grupo de países, entorpeciendo el acuerdo sobre el cese de las armas atómicas, considere a la mayor parte del globo como un tablero de ajedrez, jugando con el destino de los pueblos.

Los años transcurridos desde la segunda guerra mundial se caracterizan por el rápido desarrollo de las técnicas bélicas, de las armas atómicas y termonucleares, cuyas explosiones equivalen a millones de toneladas de trinitrotolueno. Se desarrolla rápidamente la técnica de los cohetes y de los proyectiles balísticos, intercontinentales, etc.. Estos productos de la técnica nuclear hacen vulnerable cualquier punto del globo. Ahora ya no hay ni puede haber duda de que en el caso de una nueva guerra con armas atómicas y termonucleares sus consecuencias serían excepcionalmente terribles para los países participantes,

sobre todo para aquellos con gran densidad de población y gran concentración industrial.

En vista de ello, la Unión Soviética presenta a la consideración de nuestra Comisión el proyecto de resolución que tienen ante sí todos los delegados. En el mismo figura un llamamiento a los Estados que poseen armas atómicas para que se obliguen a no utilizar armas atómicas o termonucleares por un lapso de tiempo determinado, y se dice que, en el caso de que no se llegara a un acuerdo amplio sobre el desarme durante ese tiempo, se volvería a examinar el problema en las Naciones Unidas.

Millones y millones de hombres en todo el mundo acogen con gran satisfacción este proyecto de resolución que representa una salida en la situación actual. Por su parte, la Comisión Política debe apoyar este proyecto de resolución si es que efectivamente desea escuchar las voces de los parlamentos de muchos países, de los partidos políticos, de los sindicatos y cooperativas, de los hombres de ciencia, de las sociedades religiosas y de otras organizaciones.

Los hombres de ciencia del mundo entero llaman nuestra atención sobre el grave peligro que se cierne sobre la humanidad desde la aparición de las armas atómicas y de hidrógeno y en virtud de las pruebas continuas que se efectúan. Las declaraciones colectivas e individuales sobre la cesación inmediata de las explosiones atómicas experimentales son muy numerosas. En este solo año, muchos científicos soviéticos y de otros países, 2.200 científicos norteamericanos, 400 japoneses, 356 ingleses, 230 franceses y 18 de Alemania Occidental, han manifestado su oposición a que continúen las explosiones experimentales. Permítanme citar un fragmento del llamamiento de los hombres de ciencia norteamericanos a los gobiernos y pueblos de todo el mundo, publicado en el Boletín de Científicos Atómicos de septiembre de 1957, firmado por 2.200 científicos:

"Nosotros, los hombres de ciencia norteamericanos cuyos nombres figuran en este llamamiento, exigimos que se concierte inmediatamente un convenio sobre la cesación de las pruebas nucleares. Cada prueba nuclear libera una cantidad adicional de elementos radiactivos perjudiciales a la salud de los hombres en todas las partes del mundo y causa tal perjuicio al protoplasma humano que podría conducir a que aumente en las generaciones futuras el número de niños aquejados de defectos graves. El acuerdo internacional sobre la cesación inmediata de las explosiones nucleares podría servir de punto de partida en el camino de un desarme total y podría

conducir a la liquidación eficaz y definitiva de las armas nucleares, eliminando asimismo la posibilidad de una guerra nuclear que constituiría una catástrofe para toda la humanidad. Como hombres de ciencia, conocemos perfectamente el peligro de la situación y por ello tenemos una responsabilidad especial. Nos parece muy urgente que se tomen medidas inmediatas para concertar un acuerdo internacional sobre la cesación de las pruebas de armas nucleares de todo tipo."

He citado este párrafo para señalar a la atención de esta Comisión la inquietud que sienten los hombres de ciencia norteamericanos por el peligro creciente que representa para la vida humana la carrera de armamentos. El problema de la cesación de la carrera de armamentos y de las pruebas atómicas es ahora el más agudo de la vida internacional, que afecta a cientos de millones de hombres en todo el mundo. Por ello, mi delegación apoya calurosamente el proyecto de resolución presentado por la Unión Soviética, que pide que los Estados que están llevando a cabo experimentos atómicos y termonucleares concierten inmediatamente un acuerdo sobre la cesación de esas pruebas a partir del día 1.º de enero de 1958, por un plazo de dos a tres años. Mi delegación expresa la esperanza de que esta Comisión aprobará el citado proyecto de resolución.

Permítaseme decir ahora unas palabras en relación con la intervención del representante del Japón, Sr. Matsudaira, así como sobre el proyecto de resolución presentado por ese país. Notamos que la delegación japonesa reconoce la necesidad de cesar las explosiones experimentales de las armas nucleares. A nuestro juicio, ese problema no debe depender de la adopción simultánea de soluciones sobre otros aspectos del desarme, como lo requiere el proyecto de resolución presentado por el Japón. La búsqueda de otras medidas sólo dificultaría el logro de un acuerdo rápido sobre la suspensión de esas pruebas. También deberíamos tratar de fijar una fecha límite para poner fin a esas pruebas.

El representante del Reino Unido, Sr. Noble, en su intervención del día 14 de octubre, trató, junto con el representante de los Estados Unidos de América, de tergiversar la posición de la Unión Soviética sobre la cuestión del desarme. Hablando de la amenaza soviética, el Sr. Noble considera que las armas nucleares constituyen la base del poderío militar británico, y por eso trata de no admitir la cesación de los experimentos nucleares, insistiendo en el derecho del Reino Unido a seguir esas pruebas.

El Sr. Noble también colocó en un primer plano el problema de la cesación de la producción de los armamentos nucleares y de los materiales físiles, y trató de presentar esta propuesta como una contribución decisiva para la supresión de la amenaza de la guerra atómica. Sin embargo, este llamado

a la cesación de la producción de materiales físi les con fines militares se hace solamente para producir la apariencia de que las Potencias occidentales están emprendiendo algo en el terreno del desarme atómico. Esto se hace a fin de engañar a la opinión pública, para adormecer a los pueblos con ilusiones falsas y para seguir la carrera de armamentos. La propuesta occidental no suprime la amenaza de la guerra atómica, porque con las enormes reservas de materiales físi les acumuladas hasta ahora se podrían seguir produciendo estas armas de destrucción en masa. Más aun, la aprobación de la propuesta occidental sobre la cesación de la producción de materiales físi les, en el futuro significaría la legalización de su utilización. Por esta razón es por lo que decimos que no son los intereses del desarme los que guían al representante del Reino Unido cuando insiste en que se busquen medios para lograr el cese de la producción de armas atómicas y de materiales físi les. A este respecto debo decir que los Estados Unidos de América y el Reino Unido están dispuestos a producir armas nucleares con los materiales físi les que ya tienen en su posesión.

En la propuesta occidental no se incluye ninguna declaración clara y precisa en el sentido de que las Potencias occidentales están dispuestas a aceptar la prohibición definitiva de las armas nucleares. Los representantes de esos países ponen en duda la seriedad y la eficacia de una obligación de las grandes Potencias de no utilizar las armas nucleares. Hay que recordar que el tratado internacional sobre la prohibición de la guerra química y bacteriológica aprobado en 1925 no ha sido violado por ningún Estado, ni siquiera por la Alemania de Hitler, que arrojó al mundo al desastre de la guerra.

No cabe duda alguna que en las condiciones actuales, cuando aumenta la conciencia de las masas populares y cuando existen las Naciones Unidas, que agrupan a decenas de Estados, apenas se podría encontrar un país que se atreviera a violar un acuerdo sobre la renuncia a utilizar las armas nucleares.

El Sr. Noble insiste en conservar para el Reino Unido la libertad de continuar los experimentos nucleares, y declara que su país planea una serie de pruebas futuras.

Hemos visto también en la prensa de ayer, que Francia tiene la intención de producir sus propias bombas atómicas. Esto no lo mencionó el Sr. Noble en su intervención.

Esto demuestra que las Potencias occidentales siguen apoyándose en las armas atómicas y de hidrógeno. Sin embargo, es peligroso afirmar que la paz puede mantenerse por medio del refuerzo del poderío atómico y de la continuación de la carrera de armamentos; pues no son las bombas atómicas y de hidrógeno, sino la amistad y la cooperación entre los pueblos las que pueden conservar la paz y preservar a la humanidad de la guerra.

En conclusión, quisiera detenerme brevemente en el proyecto de resolución presentado por los Estados Unidos de América, el Reino Unido, Francia, Canadá y otros países. Hay que decir con toda franqueza que en esa propuesta no hay nada nuevo en comparación con los proyectos presentados por las Potencias occidentales en la Subcomisión de la Comisión de Desarme, en agosto de este año. En el proyecto de resolución que estamos considerando actualmente se propone que se examine el problema del establecimiento de un control internacional sobre los proyectiles intercontinentales y los satélites artificiales, sin que se realicen antes negociaciones sobre otras propuestas importantes. Nosotros consideramos que únicamente mediante la prohibición del uso de las armas nucleares, aunque fuera por un período de cinco meses, se puede encontrar una solución correcta al problema del control de los proyectiles intercontinentales y de los satélites artificiales.

En vista de lo expuesto, mi delegación considera que no es aceptable el proyecto de resolución que tenemos ante nosotros.

Opinamos que el verdadero camino hacia la solución de todos los problemas urgentes sobre el desarme, así como para la adopción de las medidas parciales relativas a esta cuestión, se encuentra en el memorándum del Gobierno soviético presentado a la consideración de la Asamblea General. Las proposiciones soviéticas coinciden con las aspiraciones de cooperación internacional de todos los pueblos amantes de la paz; tienden a reducir la tensión internacional y a consolidar la paz y la seguridad en el mundo. La adopción de las proposiciones soviéticas pondría fin a la carrera de armamentos. Ante una situación tan tensa y peligrosa en el mundo, las proposiciones soviéticas aliviarían el peso de la carrera de armamentos que sufren los pueblos; contribuirían también al alivio de la tirantez internacional y abrirían grandes perspectivas hacia una amplia utilización de la energía atómica para fines pacíficos y para el bienestar de la humanidad.

Nuestra delegación apoya calurosamente las proposiciones soviéticas y votará a su favor. La delegación de la República Socialista Soviética de Bielorrusia expresa la esperanza de que las Naciones Unidas contribuirán a que se resuelva cuanto antes el problema de la reducción de las fuerzas armadas y de los armamentos y se llegue a la prohibición de las armas nucleares, como lo desea con tanta pasión toda la humanidad.

Sr. SASTROAMIDJOJO (Indonesia) (interpretación del inglés): Es especial motivo de agrado para mí, dirigir a Vd., señor Presidente, las felicitaciones de mi delegación por su unánime elección; y si nos sentimos un poco entristecidos por haberle perdido como vecino inmediato alrededor de la Mesa, esa pérdida está más que recompensada teniéndole como guía en las deliberaciones de esta Comisión. Aprovecho la oportunidad para dirigir también nuestras felicitaciones al Vicepresidente, Sr. Barros, y al Relator, Dr. Matsch, por sus respectivas elecciones para la Mesa de esta Comisión.

Aunque la verdad no puede repetirse demasiado, no debe considerarse superfluo, aun en esta coyuntura de nuestro debate, afirmar que ha llegado el momento de responder a las necesidades de los pueblos del mundo con concretas conquistas en el campo del desarme.

Cada uno de los miembros de esta Comisión que ha hecho uso de la palabra en este debate ha reconocido la urgencia de crear un nuevo ambiente de confianza y de fe en un mundo desarmado o por lo menos un mundo que esté desarmándose. Nosotros esperamos que este reconocimiento produzca una reacción positiva contra la presente tendencia de los asuntos internacionales, que no conduce precisamente hacia una paz desarmada. La incursión de la lucha de la guerra fría a partes de Asia y de Africa en forma de una carrera de armamentos frenética, con la consiguiente agravación de la tensión, se opone diametralmente a los esfuerzos para aliviar a la humanidad de la grave carga de los armamentos.

No debe ser demasiado sorprendente, por lo tanto, que el progreso realizado inicialmente por la Subcomisión de la Comisión de Desarme al reducir las diferencias, se haya interrumpido y no se haya llegado a un acuerdo concreto. Apenas pueden esperarse fructíferos resultados cuando las discusiones del desarme se llevan a cabo en una parte del mundo simultáneamente con una política armamentista, de bases y de pactos militares que tiene lugar en otra parte del globo. El progreso hacia el desarme y la competición en la carrera de armamentos no son compatibles.

En consecuencia, con el propósito de cumplir la primordial responsabilidad de lograr un acuerdo en el campo del desarme, las grandes Potencias deben, en primer lugar, cesar o abstenerse de toda acción que vaya contra el logro de dicho acuerdo. Si estas palabras tienen cierta aspereza reflejan la dura realidad, como también la profunda preocupación de una nación que siente agudamente las influencias negativas de la carrera de armamentos.

Como nación insuficientemente desarrollada, que emerge del pasado colonial, opinamos que la carrera de armamentos significa no solamente abandonar la posibilidad de lograr un nivel de vida más elevado, sino también abandonar la posibilidad de lograr un nivel de vida decente para nuestro pueblo.

Muchas delegaciones han señalado ya las repercusiones económicas que genera la carrera de armamentos, y nadie lo ha hecho con más elocuencia ni con más precisión que el representante del Perú. El Sr. Belaúnde citó, entre otras cosas, cifras recogidas por él de la Secretaría General de nuestra Organización, acerca del ingreso nacional de los 82 Estados Miembros de las Naciones Unidas. Estas cifras tienen especial significación para mi país, que es una de las 19 naciones

que tienen un ingreso nacional de menos de 100 dólares per capita. Indonesia es una nación que tiene la bendición de disponer de ricos recursos que todavía no están explorados. Su desarrollo - responsabilidad que hemos asumido desde el logro de nuestra independencia - requiere todas nuestras energías mentales y materiales. Estamos resueltos a mejorar las condiciones de vida de nuestro pueblo y a suprimir todos los obstáculos que se oponen al logro de nuestro bienestar económico, que, después de todo, es la condición necesaria para una estabilidad política y social dentro de un régimen de libertad. El mayor obstáculo en el camino para esa conquista es la carrera de armamentos dentro de la guerra fría. Nosotros creemos que si esto no conduce a una conflagración mundial, amenaza nuestros esfuerzos de reconstrucción y de rehabilitación. Así mismo, como lo dijo tan sucintamente el Dr. Belaúnde, aparta a las grandes naciones de su verdadera misión, que es un deber para ellas, y que consiste en ayudar al desarrollo de las naciones insuficientemente desarrolladas. Con estos antecedentes podría decirse con verdad, que el desarme interesa y afecta a todos los países del mundo. Como el representante de los Estados Unidos de América, Sr. Lodge, declaró justamente, esto constituye el interés profundo y legítimo de todos los Estados representados en esta Sala.

Esto quiere decir que las naciones pequeñas y débiles que no poseen vastos arsenales de armamentos nucleares, tienen la responsabilidad de fijar francamente su posición sobre este problema, como también la obligación de contribuir a una solución del mismo.

Sobre la base de estas consideraciones deseo expresar en este momento la opinión de mi delegación sobre ciertos aspectos del problema del desarme o de problemas conexos con él, que interesan especialmente al Gobierno y al pueblo de Indonesia.

En primer lugar, tenemos el problema de las explosiones con armas nucleares. Un país situado en una región donde los experimentos militares con armas atómicas se llevan a cabo al Norte, al Este y aun al Sur de nuestras fronteras nacionales, no puede permanecer indiferente ante los torrentes de precipitaciones radiactivas que pasan por las nubes. Son mensajeros y gérmenes de temor, de destrucción y de tragedia para la raza humana en el presente y en el futuro. Si bien nuestro

pueblo no cede ante el pánico, tiene sus aprensiones, y como se encuentra desarmado, pide seguridades a su Gobierno, y si no podemos darle esas seguridades, tenemos el deber de por lo menos sumar nuestra voz al coro de las que claman por el fin de estas pruebas mortíferas.

Escuché con agrado al representante de una gran Potencia, si bien sus manifestaciones tenían cierta renuencia, cuando decía que debíamos tomar todas las medidas necesarias para eliminar el riesgo de poner en peligro el bienestar de la humanidad. Fue el representante de Francia, Sr. Moch, quien declaró que debíamos hacerlo sin perder la cabeza. Humildemente diré yo que debemos hacerlo también antes de perder nuestras vidas y antes de causar daños irreparables a las generaciones futuras.

Ninguna persona responsable ha dicho jamás que el aumento de las radiaciones sea benéfico para la salud humana. Por el contrario, hay acuerdo general en que un aumento en las radiaciones pone en peligro la salud del hombre. La única cuestión en duda sería la que se refiere a si hemos llegado ya al punto, o nos aproximamos a él, en que el aumento de la radiación y sus efectos acumulativos ponen en peligro la misma supervivencia de la humanidad. Aquí puede haber dudas y diferencias pero las consecuencias de nuestro limitado conocimiento pueden ser tan terroríficas y terminantes que es una razón para poner fin a las explosiones nucleares, inmediatamente.

¿Cómo atrevernos a dar la espalda a un enfoque racional y olvidarnos de la opinión ilustrada de hombres de ciencia que indudablemente son maestros de la moderación y no de la exageración? No es necesario repetir todas las opiniones científicas, advertencias y citas tan convincentemente presentadas ante esta Comisión por el Sr. Menon. Pero para mostrar lo trágico e irresponsable de la situación actual, permítaseme referir brevemente a las conclusiones de la Comisión Asesora de Biología y Medicina de la Comisión de Energía Atómica de los Estados Unidos de América, que examinó el problema de las pruebas nucleares a la luz de los peligros causados por la precipitación radiactiva (The New York Times, 20 octubre 1957). Si bien el criterio fundamental fué la seguridad nacional de los Estados Unidos de América en términos de fuerza militar y de preparación, esa Comisión Asesora tuvo que admitir, sin embargo, que sobre una base mundial, los daños genéticos debidos a la precipitación radiactiva llegan a grandes cantidades. Observen ustedes: no uno o dos seres humanos, sino miles de seres humanos. La Comisión, sin embargo, dictaminó que las pruebas de armas nucleares están justificadas, términos de seguridad nacional, porque el daño de la precipitación radiactiva es "tolerable". En otras palabras, un aumento - y no un pequeño aumento - en la tasa de defectos genéticos y mortalidad de la raza humana es "tolerable".

¿Puede alguien, conscientemente, suscribir esta tesis? ¿No se está despojando a la ciencia de toda moralidad en aras de la seguridad nacional? ¿Puede obtenerse la seguridad nacional sobre estas bases? No lo creemos. Tanto en la práctica como en esencia, la seguridad nacional obtenida sobre esa base sólo puede ser contraproducente.

La Comisión Asesora, además, sostuvo su tesis de la tolerabilidad sobre el supuesto de que las pruebas nucleares prosiguieran en el nivel de los últimos cinco años. Pero ¿cuál es este nivel o esta tasa? No es estático sino que aumenta constantemente, año tras año, y tenemos buenas razones para creer que continuará aumentando en el futuro si las pruebas no se suspenden. En verdad, la Comisión Asesora no podría ignorar este hecho y, en consecuencia, advirtió que "la situación podría ser muy seria" si más países iniciaran programas de pruebas nucleares. Ahora mismo podemos contar tres países en vez de dos, y no hay razón para excluir la posibilidad de un cuarto, un quinto, y así al infinito. Por lo tanto, ya estamos pasando de la situación llamada "tolerable" a una situación "seria", calificando suavemente la catástrofe que amenaza a los pueblos del mundo.

Para evitar esta catástrofe y volver a inyectar la moralidad en la ciencia, el Gobierno y el pueblo de Indonesia exhortan a las grandes Potencias a suspender inmediatamente las explosiones nucleares de prueba. Hacemos este llamamiento no solamente en interés propio y en el de los países pequeños o militarmente débiles, sino también en el del bienestar y la seguridad de las grandes Potencias.

Se nos ha dicho, sin embargo, que la mera suspensión o finalización de las explosiones nucleares de prueba no detendría la carrera de armamentos. Estamos de acuerdo. La suspensión o fin de las explosiones nucleares de prueba no constituye un acuerdo de desarme, pero sí constituye un acuerdo que asegura la supervivencia de la humanidad. ¿No es ésta una razón suficiente para suspender las pruebas? El argumento de que un cese inmediato de las explosiones nucleares de prueba no detendría la carrera de armamentos nucleares no resuelve el problema. La continuación de estas pruebas tampoco detendría la carrera de armamentos nucleares ni tampoco mejoraría la seguridad nacional de las grandes Potencias, en particular porque éstas poseen la capacidad de responder a cualquier ataque nuclear de un agresor potencial.

La continuación de las explosiones nucleares de prueba puede, por lo tanto, tener un sólo efecto: aumentar el presente peligro, agravar los temores y las tensiones y perjudicar fatalmente a la humanidad en tiempo de paz con el supuesto o el pánico de que estalle la guerra.

Por otra parte, la suspensión de estas pruebas por acuerdo mutuo entre las grandes Potencias, con un sistema de control adecuado, no sólo crearía una nueva atmósfera libre de los temores y del espectro de la extinción de la humanidad, sino que quedaría como otro ejemplo de cooperación entre las grandes Potencias. La influencia positiva que esto ejercería sobre el problema del desarme y, especialmente, sobre aquellos problemas acerca de los cuales las partes directamente interesadas se han aproximado, no debe ser desestimada.

Por lo tanto, el fin de las explosiones nucleares de prueba debe ser considerado como un paso hacia el desarme, que estimula y facilita la concertación de un acuerdo. Una inversión de la presente carrera de armamentos nucleares, como lo he explicado, es una cuestión de vital interés y de urgencia. Creemos que esto debe ser llevado a cabo sin demora realizando esfuerzos adicionales para lograr un acuerdo sobre la primera fase del programa de desarme, incluyendo los asuntos expuestos en muchas de las resoluciones de la Asamblea General (808 (IX) 914 (X), 1011 (XI)): 1) la prohibición total del uso y fabricación de armamentos nucleares y de destrucción en masa de toda clase; 2) la conversión de las actuales existencias de armas nucleares a usos pacíficos; 3) el uso de la energía atómica solamente con propósitos pacíficos; y 4) el establecimiento de un efectivo control internacional para garantizar la observancia de estos acuerdos, lo mismo que el acuerdo relativo a los armamentos convencionales.

A nuestro juicio, estas cuatro medidas son a la vez importantes e indispensables. Sin embargo, en este momento, me limitaré a hacer breves observaciones con respecto al primer punto mencionado, o sea, la prohibición total del uso y de la fabricación de armas nucleares y de toda clase de armas de destrucción en masa.

Estamos muy preocupados por el cambio de posición de algunas de las grandes Potencias que ahora pretenden que, ya que no es posible controlar una prohibición total o ilimitada del uso de las armas nucleares, esa prohibición debería condicionarse al derecho del legítima defensa establecido en la Carta. Puedo asegurar que mi país, tanto como cualquier otro, respeta el derecho de legítima defensa de acuerdo con la Carta de las Naciones Unidas.

De hecho, este es uno de los 10 principios - el quinto para ser más preciso - proclamados por la Conferencia de Bandung. No obstante, no podemos aceptar el argumento de que la prohibición del uso de las armas nucleares debe depender del derecho de legítima defensa.

En primer lugar, esa prohibición condicional no sólo constituiría una violación de las resoluciones de la Asamblea que piden una prohibición total, sino que, al mismo tiempo, anularía el principio - aprobado por la Asamblea y por los más eminentes hombres de Estado de las grandes Potencias - de que la energía atómica debería usarse exclusivamente para fines pacíficos.

Lo que es peor ¿cuál es el sentido en la práctica de la tesis de que las armas nucleares no deben utilizarse salvo en el caso de legítima defensa, de conformidad con la Carta? En vista de los acontecimientos mundiales recientes es ésta una cuestión que debemos ponderar y sobre la cual debemos reflexionar seriamente. Recordemos, a este respecto las palabras pertinentes del Ministro de Relaciones Exteriores de México, señor Padilla Nervo, el 3 de octubre, en el debate general. Expresó:

"La idea de que es posible mantener dentro de los límites de una región guerras parciales con armas nucleares pequeñas es un concepto engañoso de incalculable peligrosidad. La carrera de armamentos es como un galope en la noche sobre el filo de una montaña, entre el abismo y la tempestad. El equilibrio resultante es el equilibrio del miedo, inestable y precario."^{1/}

En verdad, la idea de una prohibición limitada del uso de las armas nucleares sólo puede interpretarse en el sentido de que esas armas serían utilizadas encaso de los llamados conflictos locales, que son el producto no de fuerzas locales en contienda, sino de una lucha de poder entre los dos grandes bloques. Un choque de esta clase inevitablemente ocurre en el territorio de naciones pequeñas o débiles que no poseen armas nucleares. En consecuencia, serían estas naciones y sus pueblos las primeras víctimas de una llamada guerra defensiva de carácter nuclear. Y mientras llueven las bombas nucleares o los proyectiles causando devastación y destrucción, ambas partes en conflicto describirían sus actos como un ejercicio de su derecho de legítima defensa. Sin embargo, esto apenas importa a las víctimas.

^{1/} Cita verificada (A/PV 699 pág 67).

En efecto, de acuerdo con el concepto de una prohibición limitada del uso de las armas nucleares, las Potencias nucleares tal vez no se ataquen unas a otras, si bien aquí no existe ninguna garantía de que la guerra nuclear localizada no se extienda y se convierta en una conflagración mundial. ¿Qué garantía, pregunto humildemente, tienen los pueblos de los Estados que no poseen armas nucleares de que no serán matados o lisiados en una llamada guerra nuclear provocada por fuerzas externas y no locales?

La respuesta a esta pregunta nos puede llevar a la desesperanza. Pero nosotros nos negamos a caer en la desesperanza. No podemos creer que el hombre no posea también la sabiduría y el ingenio de controlar las fuerzas apocalípticas que ha desencadenado. No podemos resignarnos a vivir para siempre en un mundo fundado en un equilibrio de miedo precario. Esta sería la situación si nosotros abandonamos la idea de una prohibición total del uso y fabricación de las armas nucleares por la de una prohibición limitada o condicional.

No puedo exagerar demasiado que la prohibición limitada del uso de las armas nucleares permitiría que continúen, sin freno como antes, la carrera de armamentos. ¿Por qué? Porque las grandes Potencias podrían decidir la cantidad de las existencias de armas nucleares que necesitan para su defensa y lo harían, claramente, en relación con las tensiones y desconfianzas existentes en el ambiente internacional. Al mismo tiempo, la misma existencia de armas nucleares y la amenaza de usarlas, aun en un llamado caso de defensa propia, crearía, a la vez, temores y tensiones. Por lo tanto, otra vez seríamos testigos de la interacción de las tensiones y de la seguridad nacional o necesidad de defensa propia, lo que daría como consecuencia una interminable carrera de armamentos nucleares.

De esto se deduce una necesidad de dejar de equiparar la seguridad nacional con la fuerza militar. Más aún: destácase la urgente necesidad, especialmente de parte de las grandes Potencias, de volver a evaluar y apreciar las conquistas de la ciencia moderna y de la tecnología en términos de su contribución positiva a los conocimientos que constituyen la base de la civilización, mas que en términos de su potencial destructor. Debemos restaurar la moralidad en la ciencia. Me atrevo a decir que las naciones pequeñas o débiles, que no tienen grandes arsenales de armamentos en sus territorios, pueden hacer un aporte positivo a ese fin. Sea por necesidad o inclinación ellas contemplan los logros de la ciencia

y de la tecnología modernas como instrumentos para mejorar las condiciones de vida y no como medios para ganar ventajas militares unas sobre otras. Y eso no es porque sean más pacíficas, sino porque concentran sus esfuerzos en las potencialidades pacíficas y no militares de la ciencia y la tecnología, en su poder para el bien y no para el mal. Por eso su representación en las negociaciones sobre desarme contribuiría a establecer un nuevo ambiente conducente al progreso. Mi delegación, en consecuencia, se pronuncia a favor del principio de aumentar la composición de la Subcomisión de la Comisión de Desarme.

A este respecto, quisiera hacer algunas muy breves observaciones acerca de algunos de los argumentos esgrimidos por el representante de Francia en contra del aumento de la composición de la Subcomisión.

El señor Moch arguyó que un aumento en la composición de la Subcomisión no sería ventajoso, por cuanto ella está ya integrada por los cuatro Gobiernos cuyo acuerdo inicial condiciona todo progreso. Seguramente que no vemos ningún error en el argumento de que el progreso en el desarme depende, inicialmente de un acuerdo entre las grandes Potencias. Ese es nuestro punto de vista, también. Pero, el representante de Francia continúa concluyendo que la participación de otros países en la Subcomisión no tendría valor alguno; que, quizás, constituiría una desventaja. Pero, entonces ¿qué decir del Canadá? Estoy seguro que el señor Moch no quiso decir que la participación del Canadá en las labores de la Subcomisión no han sido útiles para reducir las diferencias.

En verdad, estoy seguro que el Canadá hizo su contribución y que la inclusión de representantes de otros Estados imparciales contribuiría de la misma manera a hacer posible un progreso mediante transacciones y, eventualmente, a la unanimidad. Estos Estados imparciales no impondrían una línea de conducta, sino que sugerirían y quizás insistirían en una línea de conducta más en armonía con la opinión pública mundial y las necesidades de toda la humanidad de seguridad en un mundo pacífico. Sea en la Subcomisión o en la Asamblea General, creemos que nuestro enfocamiento no debería ser el de imponer sino el de buscar la unanimidad mediante la conciliación y las transacciones mutuas, avanzando así en los esfuerzos para lograr un plan de desarme factible y general.

Dentro de la filosofía de aquel gran físico atómico y humanista Niels Bohr, de Dinamarca - hoy poseedor del primer premio "Átomos pro paz" - deseáramos pedir a todos los Miembros aquí presentes que dediquen todos sus esfuerzos a la tarea de extraer la armonía de la diversidad, alentados en esta lucha positiva y constructiva por el conocimiento de que la armonía es siempre - sin duda alguna - el producto de dos ideas o dos fuerzas inicialmente contrapuestas.

Se levanta la sesión a las 12.40 horas.